

LOS
BANQUETES DE LOS FILÓSOFOS

CAPILLA ALFONCINA

BIBLIOTECA MUNICIPAL

10

LOS BANQUETES DE LOS FILÓSOFOS

PRELIMINARES

El flujo por reunirse los hombres entre ellos para las cosas de la vida, es ley de la naturaleza manifestada con vigor en todas las situaciones del género humano. Soledad es infracción de esa ley; infracción que trae consigo desazones á las veces envueltas en la dulce amargura que saboreamos como deleite del orgullo, ó tenemos por descuento de la ojeriza y los males con los cuales nos despechan nuestros semejantes y nos arrojan del seno de la comunión social. La misantropía, casi siempre, es la virtud desengañada y herida en sus nobles misterios : aborrecer la compañía de los demás no es dar indicios de corazón mal formado ni de estrago lastimoso en los sentimientos del ánimo : Platón afirma que de la experiencia muchas veces repetida proviene ese despegue que vuelve hosco y huraño al individuo de altas prendas en quien concurren pensamientos elevados y deseo de orden y moral inrestringida : no halla ese en sus hermanos lo

BIBLIOTECA ALEJANDRINA

que busca, y he allí que les cobra tirria y se pone á huir de todos los en cuyo pecho no descubre la fuente de las afecciones que están endiosando el suyo propio. El misántropo es filósofo imperfecto por exceso de elevación genuina de espíritu : le faltan para ser santo los requisitos de la caridad que son, según San Pablo, sufrirlo todo, tolerarlo todo, perdonarlo todo, y no desesperar de la enmienda y la salud de los tristes mortales. Timón dió con su epitafio compuesto por él mismo ejemplo de tenacidad indigna de la verdadera filosofía. Que los vivos aborrezcamos puede ser justo, cuando el aborrecimiento está fundado en el amor á la verdad, la rectitud y la pureza del alma; que los muertos rompan la tumba con el ímpetu del odio, y en la obscuridad de la noche saquen la voz afuera para hacerle saber al hombre que no han dejado de aborrecerle, es inmortalizar el odio, la más brava de las pasiones. Disculpable nos parece aquel ateniense feroz cuando, preguntado por un colega suyo en un banquete si estaba con gusto, respondió : « Lo estaría quizá, si tú no te hallaras á mi vista ». Pero decirle al que iba tras él : « Pasajero, aquí yace uno que te aborreció en vida y te aborrece dentro del sepulcro; no te detengas en este sitio »; es enajenamiento más estudiado que natural, pues nadie tiene derecho á turbar las armonías silenciosas de la muerte allá en las entrañas de la inmortalidad, donde se están desenvolviendo arcanos en un todo diferentes de las defectuosidades de este mundo. Aborrezcamos aquí, si la virtud ofendida tiene sed de santos odios; aborrezcamos, si la corrupción tiene hambre de las virtudes. Es propio de los hombres que han llegado al colmo de la iniquidad, dice San Ambrosio, experimentar dentro de sí mismos repugnancia, inquina, odio mani-

fiesto por los de bien, y simpatía declarada por los perversos y criminales. Ya veis que los malvados tienen necesidad de aborrecer : sin el lazo de este negro amor entre ellos, el aislamiento pudiera amenguar su fuerza, y su poderío sobre hombres y cosas viniera en disminución. Son muchos y tanto pueden; andar : la preponderancia del mal sobre el bien, del crimen sobre la virtud, del vicio sobre la templaza, es pensión nuestra : redimarnos de ella no nos será dable mientras no mejoramos de vida con la muerte, mientras no pasamos de la baja tierra á un planeta superior que gire en órbita más próxima del centro del universo, foco de luz en donde habita invisible el dueño de los mundos.

Para todo se reúnen los hombres : para dar leyes, para infringirlas; para alabar á Dios, para perderse con la blasfemia; para explayar su sabiduría, para poner al viso su negadéz. Placeres y gozos, las más sociables de las sensaciones; á no ser los contentos recónditos de la inteligencia, los triunfos silenciosos del corazón, que toman cuerpo en la soledad del genio, y se levantan á regiones no columbradas por el vulgo de las alegrías. Tristeza, dolor suelen ser personas solitarias : las lágrimas de verdadera pesadumbre gustan de las sombras; la mano de la noche es suave enjugador que consuela con prudente bondad, prometiéndonos el secreto de nuestras angustias y tribulaciones : nadie que padezca de veras podrá decir : ¡ Oh vosotros que estáis pasando, venid y llorad conmigo ! Soledad es trono de la melancolía : el infeliz necesita un monte donde suelte la voz y en ella mande al cielo sus amarguras, pidiendo compasión á lo insensible, abrazándose con lo invisible en sus

rebatos de sensibilidad alocada, ó bien un aposento obscuro donde se consume á pausas sin queja ni ruido. La casa del dolor entre los antiguos mejicanos fué, probablemente asilo de pesadumbres vanas y lágrimas fingidas : habiendo un establecimiento público de dolores y desahogos, mucho nos tememos que allá fueran hombres y mujeres á engañar con infelicidades apócrifas y llantos facticios : á nadie le falta un agujero donde encierre sus pesares bajo la vigilancia del sufrimiento, ó dé corriente á su desdicha por el declive de las lágrimas y los ayes apasionados que sole mos echar cuando estamos ciertos de no ser oídos.

Bien así como nosotros tenemos hospitales para los enfermos, fundaciones de misericordia para los desamparados, asilos para los huérfanos, así los mejicanos tenían hospicios para los corazones locos, receptos para las almas caídas en tristeza, refugios para las desgracias excesivas. Pero á ellos no iban en busca de remedio los que de tales achaques adolecían; pábulo iban á dar á sus dolores, rienda suelta á sus lágrimas protegidas por la Nación, la cual costeaba el sustento de sus hijos sin ventura, mientras estaban llorando desengaños, esperanzas fallidas, ó ausencias frescas, que suelen ser las tristes. Ausencia no es como el vino, que mientras más guardado mejor : amor, dolor se desvanecen, tanto más pronto cuanto que no se les puede corchar herméticamente : si están al aire, con la ausencia, se van; y de esos tan aromáticos licores no queda sino lo insípido y sin fuerza. Por donde venimos á colegir que á las doncellas enamoradas, al año de ausencia, el Gobierno las mandaba poner en la calle, teniéndolas por huéspedes sin necesidad. Las seis meses viudas estaban asimismo co-

miendo de balde : cumplido este plazo, los vigilantes del hospicio les daban su pasaporte. Ni sufrían por más tiempo á los pretensores que habían dado en caso de desesperación, por causa de negativas invencibles. Nosotros estamos mejor á este respecto : mal ajeno de pelo cuelga : la casa del dolor no es fundación de nuestro siglo. De los achaques físicos, las desgracias corporales, mucho que nos dolemos : las enfermedades del alma, los quebrantos del corazón, burla para los agraciados de la suerte. En hecho de religión es á la inversa : los clérigos, buenos cristianos, cabezas torcidas de uno y otro sexo, fanáticos y tarfutos, no vigilan sino el alma de los demás; con la propia y el cuerpo de sus amigos, puede cargar el diablo á la hora que le convenga. Aún por eso decía San Francisco Javier escribiendo á San Ignacio : « Empeñaos en sacar vuestra alma de los infiernos, antes que del purgatorio las de vuestros prójimos ».

Para nada suelen buscarse los hombres con más anhelo que para comer : mil veces habréis oído á mil personas, si solos sin apetito. La mesa de la familia es convite diario : Priamo se hubiera quedado en ayunas, antes que comer de por sí en su aposento, dejando la cabecera de esa rodeada por su mujer, la venerable Hécuba, y sus cincuenta hijos y yernos. El gusto de ese anciano dichoso era ver en medio de la mesa común el ciervo del monte Ida, á cuyo costado fuera recta y veloz la flecha de Héctor : el animal está allí asado entero, reposando sobre fuente de bruñida plata; y como por adornos y paramentos, banderillas de púrpura con muharras de oro se levantan sobre la cerviz y la cabeza

de la provocativa alimaña. Media docena de cabritos son apenas suficientes para la disposición admirable de tantos mozos hambreados con el ejercicio : el gordo lomo de las bestezuelas se ha partido al fuego : cien ampollas se levantan en el pellejo retostado, las cuales harán ruido delicioso en los dientes de los comensales, cuando cada uno, dueño de su porción, lo sea de dar gusto á su apetencia. Pimientos largos de color de grana, frutos de los huertos del rey orillas del Escamandro, cuelgan de las orejas de esos animalitos muertos; y en la boca tienen atravesado cada uno de ellos un cilindro de ámbar, todo por dar aire y belleza al objeto con el cual tan principales señores van á regalarse. Veinticinco pichones de paloma torcaz, migados y aderezados según el arte del guión de los cocineros, satisfarán luego á los cincuenta príncipes : á uno por barba, no sería posible : Paris y Deifobo, Casandra y Policena se habrán de dar por bien servidos con media pieza, que no es poco para tan sutil bocado. Allí viene un repollo enorme, compuesto de infinidad de abiertos calecicos : es la coliflor sobre tazón de bronce acicalado, la cual reposa metida hasta la rodilla en una salsa blanca que apetecieran los dioses. Tras este plato el copero mayor vierte en la de Priamo un licor entre rubicundo y amarillo claro, que harto parece ser vino de Cabeso : la apura el anciano, acompañándole su esposa ; ni es concedido á hijos para quienes el respeto filial es parte de la religión, beber á un mismo tiempo con tan augustos señores : después tomaron sendas copas los muchachos de sangre real, con venia de su padre, absteniéndose las del sexo femenino, las cuales no gustan sino del agua de un manantial que brota de una virgen peña asombrado por un grupo de arrayanes en edad florida.

De los troyanos á los griegos no hay ni un paso; en la Iliada están juntos, aunque no para solazarse en amigables festines, mas aun para beberse la sangre en la batalla. De presumir es que los banquetes de los primeros hayan sido más remirados que los de los segundos, por cuanto sabemos que éstos recibían la ley de las divinidades groseras, y esos de las cultas y pulidas. El dios de la guerra hubiera comido sin reparo una pierna de res como hoplita en campaña : el de la poesía requiere comedor cuyo pavimento esté cubierto de alfombra de Cachemira, y las ventanas engalanadas con pomposas velas de ostro de Tiro : si ya el intonso mancebo no prefiere la gruta de Calipso, y se pone á la mesa tendida de hojas de plátano, tan verde como fresco mantel. Si la sobriedad era ley entre los griegos, no sé : pero es cosa bien averiguada que los romanos los dejaron atrás en el comer, bien así como en otras muchas artes y habilidades. El mérito de los festines de Cimón no estuvo en lo suntuoso y delicado, mas antes en lo franco y generoso : las puertas de este célebre griego estaban de par en par, y la mesa siempre tendida para los pobres en su casa. Manjares sanos y abundantes, ajuar de buen gusto, paños limpios y criados atentos sufragaban por la buena intención del caritativo gran señor; y el vino, sin escasear para la necesidad y la alegría, faltaba en todo caso para la embriaguez. En la mesa de Cimón todo era compostura; ni se dió que asistente á esas comidas saliese alguna vez dando voces que acreditasen perturbación del ánimo por obra de maléficis licores. Cimón era rico para los pobres : depositario de grandes bienes de fortuna, hubiera tenido para sí que cometía fraude con el goce de ellos circunscrito á él y su familia. Pluguiere al cielo que

todos los opulentos señores se dejasen influir por tan noble aprensión, y no fuesen dueños de riquezas sino para servir de instrumento á Dios con el ejercicio de la más saludable de las virtudes, que es la caridad. El que por ostentación y orgullo festeja á grandes y ricos, dejando ahí hambrientos á los menesterosos que llegan á sus umbrales, comete poco menos que un hurto : lo superfluo de unos pertenece en ley de justicia á los que carecen de lo necesario. Tal lo pensaba Cimón, cuya casa fué siempre tierra prometida de los que habían hambre, sin que á la puerta estuviese oficial ninguno para inquirir el partido ni la clase á que el concurrente pertenecía : hambre era buen derecho y tarjeta de entrada en esa noble mansión; así es que el dueño de ella ha pasado á la posteridad, no por haber herido de muerte un millón de hombres ni por haber entrado ciudades á sangre y fuego, sino por el cumplimiento de sus deberes como hijo de la patria, y el ejercicio de las virtudes en la órbita donde gira silenciosamente ese mundo modesto que llamamos vida privada.

Muchos personajes triunfan en la historia romana por la opulencia y el orgullo; no hallamos uno que se haya vuelto inmortal á la manera de Cimón. Lúculo, su paralelo en los varones ilustres de Plutarco, no ofrece término de comparación sino en lo rico; en cuanto al modo de invertir sus riquezas, no entra en parangón con el otro sino por aspectos encontrados. Liberal es el romano, y aun derrochador; mas no vemos asomarse un pobre por su casa. En sus huertos tiene Lúculo todo género de hortalizas, en sus granjas toda especie de animales y aves comestibles : sus bodegas rebosan en vinos de Grecia y de Italia, prepo-

derando las ánforas del exquisito falerno. Las perdices engordadas con trigo candeal son para Craso; los peces de los viveros adonde arrojan cuerpos humanos son para Lépido. Lampreas arrancadas á los peñascales submarinos, langostas succulentas, pájaros raros, de todo hay, y en abundancia, en esa espléndida mansión de la sensualidad. Á ella no entran sino los ricos, allí no comen sino los magnates, de los cuales esas mesas están rodeadas de continuo. Un día que Pompeyo, después de larga enfermedad, estaba necesitando una cordoniz, para un pisto propinado por su médico, éste le hizo saber al propio tiempo que en la presente ocasión esa ave no se hallaba sino en los huertos de Lúculo. Pompeyo respondió que comería otra cosa en vez de la codorniz; y que si era preciso pedir favor á Lúculo para salvar la vida, de buen grado optaría por la sepultura. ¡Magnánimo hombre ese! Pero no es mi asunto el gran Pompeyo, sino hacer ver que al tal Lúculo no le faltaban en una estación las cosas propias de otra, ni estando en Roma le escaseaban los tópicos del Asia, como uno que todo el año tenía á manta regalos del mundo entero.

Epicuro estaba triunfante en esos palacios, esas quintas de recreo, esos jardines de verano por donde los Genios del amor tenían mil retiros encantados y mil graciosas encrucijadas. El deleite es el bien supremo; tal la inscripción en caracteres de oro que llamaba los ojos de los transeuntes hacia el palacio de Lúculo. Y no que este gran romano hubiese sido toda la vida ruín siervo de las pasiones terreras, ni servidor miserable de los vicios, ¡cuando! Expediciones militares llevó adelante, ciudades fuertes embistió, enemigos mató sin cuento, naciones sojuzgó, reyes trajo uncidos al carro del triunfo; pero donde Cimón

el griego tuvo por bien coronar sus hazañas con la modestias y las virtudes, Lúculo el romano tuvo por mejor agregar á su corona de encina la joya del sensualismo. Epicuro se llevaba en Roma de calles á Zenón : cuanto á Pitágoras, pobrecito, hasta Marco Tulio, con ser quien era, se le hubiera reído en las barbas.

No fué pitagórica, sin duda, la comida con que el dicho Marco Tulio regaló á Julio César en su quinta de Tusculum. No digo banquete, porque no fué cosa de pensado : el vencedor en Farsalia llegó allá como por casualidad, el dueño de casa le había estado esperando sin esperarle. ¡ Y qué huésped he tenido en casa ! exclama éste, escribiendo á un amigo suyo; ¿ quién, si pensáis ? ¡ César, el gran César ! Pobre Cicerón... es el mismo que poco antes había sentado baladronada como ésta : « Quiero más bien ser vencido con Pompeyo que vencedor con César »; y ahora es dicha para él tener un instante en su casa al destructor de Pompeyo y su partido. Admirad primero el don de gentes y el poder del uno sobre los corazones, que la veleidad y ligereza del otro : Cicerón echó de ver en César un grande hombre, y fué de los suyos; tanto que en Tusculum le sirvió con gracia nunca vista, quedando él tan admirado del buen humor de su huésped, como éste pagado de la hospitalidad de esa bella quinta. ¿ Sería Cicerón hombre de servir á sus comensales peces alimentados con carne humana ? No lo creemos : entre las virtudes de ese claro varón, la sobriedad se halla en primera línea : decente, eso sí; largo también : pulcro y remirado, no hay para qué se diga. Su ínclito huésped comió con admirable disposición, bebió algo más de lo justo, y con

una sí es no es zorra, chanceó con su rival de tribuna, y se fué dejando allí un corazón cautivo y un admirador importante. ¿ No hemos dicho que César tomó un baño primero que se sentase á la mesa ? ¡ Pues ! si esa era costumbre entre los antiguos, y el unirse con aceites aromáticos, y el derramarse perfumes en la cabeza. Bonito era el señor don Julio para omitir en ninguna circunstancia el acicalamiento de su persona : ¿ por qué le querían chicas y grandes, si gustáis ? Gentil era de porte, agraciado de rostro, insinuante de maneras : ved ahora por donde señoras y señoritas, damas y damiselas daban sus pedazos por ese amable pícaro.

Cicerón no era pitagórico; pero distante se hallaba del epicureismo : comía carne el buen viejo, y aun asistía á convites suculentos. Tengo para mí que no se hubiera resistido á concurrir á la mesa del filósofo de Samos : ¿ no está allí la col, persona humilde, pero útil más que todas ? La col, sobre ser alimento puro, era medicina para los romanos del tiempo de Catón el antiguo; era la mano de Dios. Quinientos años no conocieron otra droga esos hombres prudentes que el vegetal más modesto, más fácil de cultivar y de hallar para los pobres. Dicen que la col nutre y limpia la sangre : Pitágoras, que sabía cosas ignoradas por sus contemporáneos, tenía en mucho esa planta bienhechora. Catón Censorino la proclamó la primera de las comestibles. En los tiempos modernos es la humilde plebe del reino vegetal : será mucho si en mesa aristocrática, y menos en convite, se muestre por ahí en un rincón á guisa de lacayo de los manjares principales. No ocurre lo propio con la coliflor, siendo como es de una familia con ella. Pero ésta se ha ennoblecido : si no se casó legalmente

su madre tuvo secretos con un galán de sangre más aquilatada que la suya : coliflor es muchacha que pica muy alto en lo de nobleza y principalidad : mestiza de campanillas, no se contenta con menos que con sentarse par á par de la alcachofa, la lechuga, los espárragos, clase condecorada que recibe distinciones de príncipes y banqueros. La alcachofa... y miren si la bellaca no echa por las de Pavía cuando no la saben morder, chupar y saborear golosamente. Ella, como Aquiles, no puede ser herida sino por una parte : el hijo de Peleo por el talón, la alcachofa por el cimientito : quien la embistiere por otro lado, saldrá por el albañal, y más si le está mirando una hermosa pronta á reirse de su desmaño. Para desventura de los benditos que aun no han soltado el pelo de la dehesa, tales cosas suelen suceder antes que las agradables : comerse la alcachofa en vez de chuparla, á más de un tonto le ha sucedido. ¿Qué plato éste ! dice para su capote en cuanto está mascando esa hojita dura, estoposa, irreducible : estos ricos comen unas cosas... ¡Bruto ! no se coma usted la hoja entera ; muérdale la raíz, y saque con gracia esa jugosidad suavísima, y vea si le gusta la alcachofa.

Entre las extravagancias que suelen ciertos pueblos servir á la mesa, está el caracol terrestre que llaman *churo* en algunas partes de América. Tendrá este hijo de la arena sabor agradable, sustancia, y aun sabrosidad declarada ; pero así como un plato de almejas es nonada ridícula, así una fuente de caracoles es majadería de ruín aspecto en convite, ó sea comida familiar. El ser viviente que está oculto en los rincones torcidos de su casa, debe de ser muy feo : chupar su coraza, arrancarle con fuerte inspira-

ción y mascarle crudo, allá se va con levantar una piedra y echarse á la boca de uno en uno los gusanos que van saliendo. Que comer no nos falta, gracias á Dios : la carne de caballo ha venido en estos días á aumentar nuestras provisiones ; ¿por qué echar mano por cualquier insecto crudo, y regalarnos con él cual si fuera un presente de los dioses ? Los reyes de Persia comían un pajarillo no mayor que el colibrí llamado malvis. Jerjes sería ó Artajerjes, ¿yo qué diablos sé ? uno de estos reyes, los cuales en lo antiguo se llamaban *sofis*, y hoy se titulan *shahs* ; pues uno de estos *shahs* ó *sofis* tenía madre brava y envidiosa, y mujer linda y buena. La vieja le condenó á muerte allá para sí á su querida nuera. Nuera y suegra no podían vivir juntas. La reina, á quien no se le llovía la casa, empezó á cautelarse de las caricias de la madre de su marido, y á huir de sus demostraciones afectuosas, y á ponerse en cobro de ese ardiente amor del cual era constante objeto. Ya porque le estaba doliendo el estómago, ya porque no tenía hambre, ya porque tal cosa le hacía daño, la reina no le daba el gusto de aceptarle nada á su señora suegra ; pero nada, lo que se llama nada. Un día hubo malvises á la mesa : cada bolita gorda, blanca de las que allí estaban amontonadas en largo plato de oro, hubiera bastado para tentar y perder á un ángel, bien como la manzana perdió á nuestro primer padre. Si la vieja le ofrecía uno entero, seguro estaba que hubiera salido con su intento : ¿qué discurrió la pazpuerca de sangre real ? untar de sutil ponzoña la una cara del cuchillo, infestar el un lado de la presa, y así, sin que fuese posible la desconfianza, mandarla á dormir con sus padres á la pobrecita, cuya culpa era ser por extremo bella, y por todo extremo amada de su consorte. « Hija, mira,

yo te voy á servir este muñequito que nos han puesto revuelto en mantequilla : tú la mitad, yo la mitad, y Dios nos ayude á entrambas. — Con mucho gusto », respondió la princesa, mirando al shah que la estaba requiriendo con los ojos. Comió la reina : ¿quién hubiera creído lo que había hecho la maldita de la suegra? comió y entregó el alma á Zoroastro esa misma noche, y la vieja se quedó sin sombra ni rival en el palacio y el imperio. Si os sirvieren malvís revuelto en mantequilla, escatimad desde luego prolijamente las dos caras del cuchillo de vuestra suegra, no sea que allí esté la muerte untado el rostro invisible con un menjurge sin olor, color ni sabor.

Los reyes de Persia, como queda dicho, comían malvís : Eliogábalo, *el delicado numen de la Siria*, se ahitaba de sesos de avestruz : los epicúreos de Sud América se darán ya á comerse el bombix ó gusano de la seda, y servirán á sus huéspedes sopas de mariposas; ¿y cómo no, cuando se regodean con el caracolito consabido? Llegando yo una vez á casa de una familia rica del país de Imbabura, sucedió que hubiese caracoles á la mesa : cada cual de los circunstantes apañó un buen porqué de esas conchitas cavernosas, y se puso á chuparlas muy de propósito. « Don Guillermo, dijo la dueña de casa á un escocés que en su vida los había catado, ¿usted no come *churos*? — Ah sí, cómo no », respondió el buen viejo; y tomando de la fuente una porción, abrió un jeme las mandíbulas, se la echó con fuerza adentro, y se puso á mascarlos á dos carrillos, de suerte que su boca era una caja de música con el ruido de los caracoles fracasados. Nadie pudo guardar el semblante de la moderación : « Don Guillermo, volvió á decir la señora, esto no se come así. — Ah, sí, sí,

respondió el escocés, esto no se come así, esto no se come así »; y de una horrible gaznatada se tragó toda esa ampollita de vidrio mal molido. En poco estuvo que no nos acabásemos de morir de risa cuantos éramos los allí presentes : don Guillermo, con una cara de Oliverio Crónwell, estaba repitiendo : « Ah, sí, sí, esto no se come así, esto no se come así ».

El que no sabe comer alcachofas, no arremeta con ellas; le puede ocurrir lo que al escocés : la col no ofrece *quid pro quos* tan lesivos para la economía animal y para la fama de hombre que está en los usos y las modas. La col se deja comer mansamente : ni gruñe, ni pica, ni amenaza; gemirá quizá allá donde no la oímos; gemirá en secreto, y, buena cristiana, perdonándonos de corazón, se irá adentro al infierno adonde condenamos á justos y pecadores en nuestra voracidad diaria; mas no protesta por la imprenta, como el maíz tostado; ni se venga con pincharnos por todas partes, si la mascamos en vez de chuparla, como la alcachofa. En los banquetes de Pitágoras, cuando este buen hombre convidaba á sus discípulos y sectarios, la col tenía la sartén por el mango; si el cocinero del filósofo le sabía dar veinte formas á la madre de las hortalizas, no os lo puedo vender por verdad de clavo pasado; de presumir es que, viajando á Egipto con su amo, en la gran pirámide de Ménfis, en el antro de la sabiduría, hubiese descubierto las maneras muchas y extraordinarias en que los padres de ciencias y artes habían dispuesto para comer el repollo de esta mata preñada de jugos nutricios y partículas milagrosas. En cuanto el amo se estaba maravillando con la rotación de los astros simbolizada allí por

esferas de oro, el cocinero no perdía tiempo de instruirse en los secretos culinarios de los egipcios : así fué como de vuelta á su país pudo ofrecer á los convidados de su señor platos asaz diferentes de un solo elemento : no de otro modo el gran Parmentier le supo dar á la papa tantos aspectos y sabores, que bajo la protección del rey de Francia, el tubérculo asqueado y temido vino á colocarse de un salto sobre todas las raíces del mundo.

¿Pudieron los antiguos salir airosos en sus comidas y banquetes sin la papa? Harto derecho tiene para dudarlo un hijo del Nuevo Mundo; y hoy por hoy lo dudarían asimismo los europeos. Uno de los títulos que Luis XVI tiene al cariño del género humano es su incontrastable parcialidad por la papa; sin él, ricos y pobres se habrían visto quizá privados, los unos de exquisitos manjares, los otros del fundamento de su alimentación diaria. Ni el tabaco, con ser quien es, ha sufrido guerra más cruda que la papa : pontífices le excomulgaron á ese negro infame, reyes le condenaron á mutilación de orejas y nariz; y con todo, triunfó el brujo, y hoy es envenenador universal condecorado por los príncipes de la tierra. El emperador Napoleón III fumaba elegantemente su cigarrillo; el czar de Rusia se deleita con su puro Vuelta-Abajo; el Gran Señor de la Puerta Otomana, sentado en medio de una sala redonda, cruzadas las piernas sobre alcatifa de Damasco, está chupando su pipa de boquilla de ámbar, cuyo recipiente de porcelana reposa una vara distante de él asida á luengo conductor de exquisita materia. ¿Me perdonaría Dios si dijese yo que el sumo pontífice, el pontífice romano, cuando ha comido bien ó mal, saca su cóngolo de la manga,

lo rasca artificiosamente, vierte en la concavidad de la mano una porción de su oloroso contenido, y echándolo á lo largo de un rollo de papel, lo corre y tuerce entre los dedos? Ya está hecho su buen papelillo, como decimos en América; cigarrillo, como dicen en España : Su Santidad sabe echar yescas como fumador provector; pero eso sí, con eslabón taraceado de oro en finísimo acero. Prendió la chispa : el santo viejo sopla ese diminuto hogar, aviva el fuego, y allí es el prender su sabrosa máquina, chupando apuradamente, á golpes los labios el de arriba con el de abajo. Esas bocanadas de humo azulino santifican el Vaticano; y puesto que fuma Su Santidad, ya podemos hacer otro tanto los herejes, sin miedo de las penas eternas.

Si para librarme de ellas había yo de fumar, optara por el infierno : tabaco, no por mis labios. Dientes limpios, aliento casi oloroso, dedos en pulcritud incorrupta, son descuento de muchas ventajas y prendas personales que pueden faltarles á los que huyen de esa corrupción del cuerpo y la inteligencia. El tabaco, sin esconder sus malas acciones, ha vencido en el mundo entero; la papa tuvo que poner en claro su inocencia, para hallar cabida en la mesa del rico, en la del pobre : sin la protección ardorosa de un gran príncipe, sus obras de misericordia no hubieran quizá pasado los términos de su cuna. Temida, calumniada, huían de ella los europeos, bien como de la lepra. La papa es causa de la elefancia, ah fruto maldito del infierno, vanas serán tus tentaciones. Empero digo yo ¿no fueron los cruzados quienes trajeron la elefancia á Europa, cuando hubieron conquistado el sepulcro de Cristo? ¿Pues cómo esa raíz inocente del Nuevo Mundo, que sale virgen de las

entrañas de la madre tierra, formada por las sustancias más sencillas y puras, había de encerrar en su seno ese maleficio? Luis XVI no murió de la enfermedad de San Lázaro : Dios y la revolución saben de lo que murió; y era tan aficionado á las papas, que ellas honraban tarde y mañana sus manteles. Hoy es la carne de los pobres en Francia, Alemania, Irlanda; es pan, donde falta trigo; dulce, donde no se digna concurrir el azúcar aristócrata; y, siendo como es auxilio del pueblo necesitado, es al propio tiempo regalo del gran señor. Ese globo cresco, blanco, que está erguido sobre provocativa salsa en fuente de porcelana, es la papa entera, cocida sin condimento ni artificio: su harina está brotando en flósculos y reventazones que prometen exquisito sabor al paladar, al estómago sustancia delicada : heridla con el tenedor de plata, ahogadla en el jugo que la rodea, y ved si los dioses gustaron manjar más delicioso en los mejores tiempos del Olimpo. ¿Qué onzas de oro son esas que están poniendo sitio al pedazo de lomo que se yergue en medio de ellas orgullosamente? Depuesta su crudez en la parrilla, ahora es comestible que ofrece sangre y vida; esponjado, tierno, succulento: mas ¿qué sería él sin los adminículos que le rodean en forma de monedas resonantes? La papa, cortada en tenues rodela, frita en mantequilla, ha tomado ese color de águilas americanas, levantada su epidermis en convexidad henchida de goloso viento. Tomad una de esas ostias profanas, apretadla entre las mandíbulas, y ved si es música el ruido con que se quebranta y desmenuza, quejándose amorosamente de vuestro legítimo apetito. Si sois viejos, allí la tenéis en masa blanca y pura, ó ya embermejecida con *aji* punzador ó con azafrán oloroso. Si cholos, comprad

en la esquina de la calle, en la ciudad de Quito, ese emplasto ruidoso que está echando chispas en el tiesto, derramadas las entrañas alrededor en feroces hebras de queso derretido. ¿De qué otro modo os presentaré la papa, amigos míos? Parmentier la ofrecía al rey y su augusta esposa en diez y seis maneras diferentes : seguro está que ese hábil cocinero haya descubierto manjares tan variados y tantos como de ellas hacemos y comemos los hijos del Nuevo Mundo. Para un banquete de Pitágoras, sobran los que hemos puesto al antojo de los lectores : si sobrios y morigerados, pasemos á la lechuga.

Dicen que Aristóteles, burlado en su legítima esperanza de suceder al divino Platón como cabeza de la Academia, se retiró de ella y fundó el Liceo : lejos se hallaba, ciertamente, el filósofo de Estagira de conceptuarse inferior á Speusippo; y con todo, éste fué el designado por el maestro moribundo para tan honorífica herencia. Si Pitágoras me pusiera en el artículo de comer lechuga, yo me separara de su secta y fundara otra distinta. La estoica no, porque es obra de Zenón de Elea : la escéptica no, porque es cosa de Pirrón : la sirenaica no, porque es doctrina establecida por Aristipo : ¿cuál fuera la escuela que yo fundara, si el maestro me obligara á comer lechuga? El nombre no hace al caso; pero yo enseñara en ella la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, el amor á las virtudes, la desconfianza de los frailes y el desdén por la lechuga. Sea el hombre omnívoro en buenhora; mas por el Verbo encarnado, no coma así hierbas envueltas en aceite y vinagre. Los judíos le hicieron apurar á Jesús una poción de hiel y vinagre, en vez del vino con mirra que acostumbraban dar

á los criminales en la cruz : de hiel y vinagre á aceite y vinagre no va gran cosa. Si un tiranuelo nos constriñese á comer hierbas crudas pasadas en aceite, clamaríamos al cielo por el castigo de ese monstruo; pero hagamos nuestro gusto usando de nuestro libre albedrío; comamos tueras, bebamos cicuta, y estamos muy pagados de nuestra civilización. El pescado nutre principalmente el cerebro, las aves engruesan la sangre; el efecto de la lechuga, ¿cuál es? ¿alimenta, regenera? ¿comunica vigor y actividad? Las vírgenes prisioneras de Dios deben subrogar con esa planta insípida, insápida é inodora al gordo, pecaminoso chocolate : lechuga, verdadero manjar de monasterio. De estas casas han de huir los estimulantes brutales, esos despertadores llenos de malicia, que escondiendo su horrible poderío en humilde jícara, van á hacer estragos en las venas de las castas esposas de Jesucristo. Estas santas mujeres le tienen miedo á la carne los miércoles y jueves de todo el año; y en vía de penitencia y de servir á Dios la suplen con el pescado; cuando es principio inconcuso que los pueblos ictiófagos son los que más sufragan por la propagación de la especie : testigos las naciones del norte, llamadas *fragua del género humano*, donde abundan de tal modo los peces, que sobrando para los hombres, van á servir á las bestias de alimento diario. Pescado y chocolate : seguro debe de estar el corazón en los conventos, dormida el alma á los aldabazos de los sentidos.

Á las monjas, al fin, les abona la ignorancia : su intención es dar de comer á la virtud, mas en verdad ponen la mesa al enemigo malo. ¿No es éste una trinidad compuesta de mundo, demonio y carne? Donde están campeando el

salmón orgulloso, la corvina tentadora, él es el convidado; él, en donde el chocolate, oculta la negra faz debajo de máscara de dorada espuma, se regocija ya de sus triunfos, vanaglorioso de cumplirle su palabra al amor, su cómplice exigente. Cuanto al canónigo de papada reverenda, el cura de barriga venerable, el provincial de cuello corto, adrede lo hacen : bonitos son ellos para comer lechuga y adormideras, para beber agua de la fuente Castalia ! Carne, vino, chocolate; logros y placeres; pecados mortales á manta de Dios : ellos al cielo; nosotros, todos cuantos somos, escritores, filósofos, poetas, hombres de Estado, guerreros, pobres diablos, al infierno. El cielo es mayorazgo de los católicos, esto es los que comen, beben, duermen más y mejor que los herejes, y se llevan la mayor parte de los bienes del mundo, para mandarnos muertos de hambre al abismo de los dolores sin remedio. Hállese entre mis facultades la de darles su merecido á estos varones sin tacha, y yo no había de ser con ellos tan cruel como ellos son con nosotros, cuando nos mandan á devorar sapos y lagartijas en el centro de la tierra : yo no los condenaría sino á no comer carne ni pescado; á no tomar chocolate ni vino; á no fumar; á no dormir en tres colchones hasta las nueve del día; á no recibir capones rellenos sobre fuentes de plata de sus hijas de confesión; á no tener baúles de onzas de oro, ni huchas donde entierren la peseta, el real; á no hartarnos de injurias y necedades, socolor de decir la palabra de Dios; á no ir á visitas con sotana de raso, monda y lironda la quijada, peinados cual mancebitos de primera tijera, sin ahorrarse el aceitillo aromático ni el agua de Florida; á no salir de noche disfrazados, ni recibir palizas de equivocación; á no caer enfermos para que vayan á asistirlos